

Quizá no haya una verdad tan ampliamente comprobada como la que afirma los graves peligros que para la humanidad encierra la vida muelle y ociosa. La excesiva abundancia llega, por camino opuesto, a causar tal vez más daños que la miseria extremada, fuente también esta última de crímenes y males sin cuento. Ambos extremos son a cual más perniciosos.

Por el contrario, la necesidad y la escasez que acucian las actividades del hombre, las adversidades y desgracias, no las que aniquilan y desconciertan totalmente, sino las que obligan a defenderse, a buscar remedio, a estar prevenido, a prever los peligros para hacerles frente y superarlos... todo esto eleva y engrandece al hombre, es fuente de progreso, de bienestar y de virtud.

Estamos sufriendo los terribles efectos de la guerra; y pedimos a Dios su pronta terminación. Porque la guerra es el mayor de todos los males; pero también es fuente de bienes para los individuos y para los pueblos. La humanidad está en perpetua lucha. Los católicos tenemos una explicación de este hecho desconcertante y pavoroso en el pecado original, explicación que supera a todas las elucubraciones filosóficas y a todas las teorías científicas, por su profundidad y la amplitud reveladora de sus consecuencias. Por esa revelación, sabemos que pecado y guerra son sinónimos y que uno y otra son inseparables de los hijos de Adán. El dogma de la redención nos descubre la posibilidad y la obligación de vencer esos dos grandes enemigos. Para eso es preciso luchar, luchar siempre y sin descanso. De otro modo, no puede haber victorias, sino derrotas vergonzosas, que terminan en la degeneración y en el caos, primero temporal, y si nunca se remedian eternos por necesidad.

La guerra, por lo tanto, es de algún modo, inseparable del hombre. Es más, debe serlo. Guerra, en primer término, con los enemigos, que nos hacen la vida imposible, que intentan privarnos de lo más esencial para la vida del alma y para la vida del cuerpo. Tal es la guerra de las armas, como la Cruzada anticomunista en España primero y ahora en los campos de Rusia. Es la primera etapa bélica, indispensable para la subsistencia digna de naciones y de individuos.

Pero no basta para nuestra liberación. ¡Desgraciado del pueblo y del individuo que con eso solamente se contenta! Eso sería lo que comúnmente se llama «dormirse sobre los laureles». Después de vencer a los enemigos exteriores, es necesario luchar con mucha mayor tenacidad y constancia contra el enemigo interior, contra las malas tendencias, las pasiones desordenadas, que siempre tienen declarada la guerra a la parte más noble y más elevada de nuestro ser. Sin esta segunda guerra, será inútil haber vencido la primera. He aquí el gran escollo en que se anularon los triunfos de casi todos los hombres de armas de que nos habla la historia. Y no solo los grandes hombres, sino las grandes naciones e imperios.

La consecuencia es ineludible y clarísima: la lucha ascética debe acompañar y seguir a la guerra de las armas. Sin el ascetismo cristiano, que es práctica de la Ley divina y de mortificación, trabajo, abnegación... los individuos se afeminan y se envilecen, las naciones decaen, se descaerían de sus naturales cauces, se alejan de sus destinos providenciales y terminan por desaparecer.

La lucha ascética, tan ridiculizada y aborrecida de todos los materialismos y liberalismos, tan perseguida por gobernantes insensatos y por una literatura perversa y viciosa, es la salvación única de la sociedad, lo mismo se la considere individual como colectivamente. Solo mediante esta guerra incruenta contra la degradación interior, se puede aplicar a los individuos y a los pueblos la Redención, que la virtud infinita llevó a feliz término en la cima del Calvario.

## Las noticias sobre el asunto de las Indias orientales son confusas

### Radio Boston dice que el general inglés Wavell será nombrado virrey y el Pandit Nehru ministro de Defensa

“La situación del yanqui en Filipinas es muy grave.”—(Washington)

#### LA SITUACION INTERNACIONAL

##### ESTANCIA DE STAFFORD CRIPPS EN LA INDIA.

Escasas noticias y éstas muy confusas nos dan las agencias de este importantísimo asunto. Es natural que así sea. Ni se conocen las proposiciones que hindús y musulmanes han presentado a la Gran Bretaña ni las contraproposiciones de ésta en relación a aquéllos. Lo que es evidente es que el ministro inglés no ha conseguido —que sepamos— hasta ahora nada práctico en su actuación. Nada de esto nos extraña. Aquel «llegué, ví y vencí», famoso dicho histórico, no se ha repetido ahora.

Por mucho que sea el ascendiente que pueda tener en aquellas tierras Cripps y por mucha habilidad diplomática que posea, la papeleta es difícilísima y no apta para desarrollarse en unos momentos; que momentos son en este intrincadísimo asunto los pocos días que reside en la fastuosa capital del Indostán Stafford Cripps. «No se ganó Roma en una hora», podría repetir ante el mundo.

El caso es que el Gobierno inglés siente y con razón impaciencias muchas por resolver este asunto. La razón es obvia. El enemigo no duerme diplomáticamente ni militarmente. Luego, si Dios quiere, daremos a conocer lo que en este aspecto hace el Japón. Teme con razón el inglés que se aproveche de este

estado de inseguridad el japonés y entendiéndose con algún disidente importante arroje a la fosa todos los planes fabricados en Londres con el fin único de que la tierra india siga siendo la fábrica, el astillero y el vivero de hombres que la Gran Bretaña necesita para vencer al Tripartito, ahorrando sangre inglesa. Esto es todo.

El indio está muy envalentonado. ¿Llegará el momento de rebelión que previó para los pueblos dominados por Inglaterra el gran Vázquez de Mella? El caso es que los infelices indios y los musulmanes hoy se atreven a llamar a «tú» al honorable hijo de la soberbia Albión. ¡Quién se lo iba a decir al inglés! Lo hubiera rechazado plenamente en 1939. Signo evidente de la derrota inglesa. Señal cierta del actual triunfo del Tripartito. Los habitantes del Indostán vivían sometidos al dominio del inglés de manera semejante a lo que sucedió con la fiera y su domador. La tralla, el palo bien administrado por una parte y por la otra el pan. El indio sigue embrutecido, viviendo su vida. Después de tantos años de dominio, en la India no hay hombres libres en el completo sentido de la palabra. ¿Adónde está la acción civilizadora de la Gran Bretaña en aquellas tierras que se parecían remotamente a la cristianísima labor que España realizó con los grandes pueblos de América?

«No solo de pan vive el hombre», señores ingleses... que no nos hizo Dios bestias sino seres dotados de razón,

fundamento de la superioridad y grandezas humanas. Todas estas cosas las escribo con el fin principal de explicar a nuestros queridos lectores la actual modalidad de la actitud de la India. Sigamos el similitud del domador. Cuando la fiera ve a su «castigador» sin la tralla, aunque no le vea caído en el suelo, siente ansias de erigirse, le mira de hito en hito, desprecia el trozo de carne que tiene a sus pies y por fin da un salto formidable y se precipita sobre el domador y le destroza entre sus garras. Cambiando lo que hay que cambiar, el caso es el mismo. El indio no veía al inglés sino a través de las grandes piezas artilleras de los gigantes acorazados británicos. Nunca contempló el pabellón inglés sino envuelto en nubes de pólvora.

Ahora bien; hace poco tiempo vió con timidez pasar por sus puertos los monstruos «Príncipe de Gales» acompañado por el «Jorge V» y el «Repulse». Escasamente a los quince días le dijeron de Londres que esos gigantes de la mar habían sido sepultados en sus profundidades por los aviones del Japón. Pasa tiempo y allí no aparece el «coco» inglés y sí el nipón de su raza luciendo la bandera imperial en la popa de sus barcos de línea ante los ojos atónitos de los naturales de la India. ¡Influyó mucho en esta actitud imprecisa del indio lo ocurrido también en Ceilán

LEED ESTAS PALABRITAS DE TOKIO, sobre todas las últimas que dan mucha luz en este asunto:

Después de casi dos meses de silencio y descanso, el ataque japonés a Colombo lleva la guerra del Extremo Oriente a las puertas de la India. Este hecho da, al fin, una respuesta a la cuestión planteada después de la caída de Java. Es decir, si el Japón continuaría presionando con sus fuerzas armadas hacia el sur de Asia. El ataque a Colombo es una respuesta afirmativa y establece que, por el momento al menos, Japón se considera seguro en otros teatros bélicos.

El ataque a Colombo indica que los dirigentes nipones estiman que el problema de la India sobrepasa en importancia al problema australiano, también planteado con la caída de Singapur y de Java. Los comentaristas nipones dicen que ciertas consideraciones políticas parecen haber apresurado el ataque japonés y que éste se ha realizado en el momento preciso, con el fin de dar un giro apropiado a las negociaciones de Nueva Delhi.

OCURRIRÁ LO QUE OCURRA.

#### Actualidad española

### Exaltación de la figura de un héroe

#### El Nuncio de Su Santidad en Granada

Juicio contradictorio para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando al comandante Rebolledo

BARCELONA.—Se ha incoado

### Bendición Papal a los alumnos del Colegio Español de Roma

CIUDAD DEL VATICANO, 7.—Con motivo de cumplirse el cincuenta aniversario de la Fundación del Colegio Español en Roma, el Pontífice ha dirigido al rector de dicho centro una carta muy cordial, en la que recuerda los méritos culturales y religiosos de esta Institución, y en la que formula votos por su mayor impulso. El Papa concluye su carta dando la bendición apostólica a todos los alumnos y ex alumnos del Colegio.—EFE.

expediente contradictorio para la concesión de la Laureada de San Fernando al heroico comandante de Caballería don Antonio Rebolledo, que se distinguió en la lucha contra los rojo separatistas cuando el glorioso Alzamiento nacional de Barcelona. El comandante Rebolledo causó la admiración de sus subordinados por su entereza y valor acudiendo a los sitios de mayor peligro, desde donde dirigía personalmente el fuego. Al lado de su coronel se hizo fuerte en el convento de los Padres Carmelitas, siendo herido varias veces, y al ser invadido el convento por las hordas rojas se defendió heroicamente hasta el último momento, en que fué detenido. Luego fué arrojado a las fieras de la colección zoológica del Parque de la Ciudadela.—(Cifra).

(Continúa en cuarta página)

## Una visita a Segovia en el IV Centenario de San Juan de la Cruz

### Junto a su sepulcro venerando.—Recuerdos abundantes del Santo de Fontiveros en el convento segoviano, rincón deleitoso donde el Doctor del Carmelo sació sus ansias de soledad y paz de espíritu

Tarde gris, de nubes plomizas que amenazan descargar torrentes de agua sobre las tierras pardas de esta adusta Castilla. El auto corre veloz por estas llanuras sin fin, con escasas ondulantes cuestas. Campos limpios de inútiles hierbas prometedoras de ubérrima cosecha que con tantas ansias espera el hombre de aldea y el señorito de la ciudad en estos tiempos de escaseces. Por fin, el gran Alcázar segoviano, habitación que fué de nuestra gran Reina Católica «la madrigaleña»; la lindísima catedral, la dama de las catedrales españolas por la exuberancia y exquisitez de sus adornos fallados en blanquísima piedra; sus muy abundantes fábricas de loza extendidas por doquier y ya dentro del casco urbano, viejísimo todo él, salpicado de fachadas con arabescos caprichosos, tropezamos con el magnífico acueducto romano, de cincuenta y tres arcos que dá carácter propio a la ciudad hermana como la muralla a la nuestra.

Con ser todo lo que vemos muy interesante desde el punto artístico e histórico, esto de momento no nos importa. Casi todo ello lo podemos contemplar en cualquier región castellana. Lo que buscamos con decidido «án» está más allá.

A él vamos por una pista excelente que nos recuerda la que conduce a nuestro muy amado Santuario de Sonsoles. En aquel camino, que conduce a los dos «nidos» (Fuencisla y Carmelo) más codiciados por el alma segoviana, abundan a derecha e izquierda árboles múltiples que embellecen muy mucho aquellos agrestes lugares.

El Santuario del Carmelo a la vis-

ta. Un rápido frenazo del coche nos sitúa ya a sus puertas. El corazón se agita anheloso al pisar por vez primera aquel sitio donde vivió San Juan de la Cruz y que, conforme a los designios de Dios, había de recoger amoroso sus restos mortales. Era a principios de 1588. El santo fontivero, fiel a la obediencia, había dejado el priorato granadino y marchaba a Segovia, donde había fijado su residencia el gran Consejo de la Descalcez, del cual formaba parte como consiliario. Para el mes de agosto de aquel año ya había empezado la Consulta su actuación importante, y como el Vicario General se ausentaba largas temporadas para la visita y otros negocios temporales, tuvo el Doctor Místico, durante esta ausencia la dirección de la Reforma.

Al propio tiempo hacía de superior de la casa y en los tres años cortos que aquí estuvo, con un sanísimo instinto de sanidad que los segovianos ponderan mucho, eligió para convento uno de los sitios más sanos, huyendo de las humedades por allí tan abundantes. Buscó para ello un lugar muy retirado, un poco más alto que el primitivo, y cuando marchó de aquellos lugares, dejó toda la edificación muy adelantada. ¡Cuántas veces el penitente carmelita, después de atender los asuntos monásticos de su elevado cargo, trabajaba en la obra conventual como un simple peón!

La iglesia y el sepulcro. La primera es amplia. En su altar mayor se destaca muy bella, entre un mar de nubes blanquísimas, efecto sorprendente logrado por una artística colocación de la imagen frente a las cla-

ridades solares, la Virgen del Carmen, sin niño en los brazos. A la izquierda, en una capillita, muy sobria de adornos, al fondo se alza majestuoso un altar sobre el cual está colocado el magnífico mausoleo donde descansan los restos venerados del Doctor del Carmelo.

Admirable obra de arte. Con decir que la realizó el eminente artista que hizo la diadema de nuestra Santa, están dichos todos los elogios de la misma. El señor Granda ha puesto su inteligencia artística y sus amores sanjuaneros en la realización plena del gran plan de hacer un sepulcro que satisficiera los deseos de los amantes del Santo. Y en verdad que lo ha conseguido. Los relieves en oro sobre mármol son espléndidos y de una belleza encantadora. La parte inferior del monumento funerario está llena de alegorías eucarísticas y la superior sanjuanistas; todas ellas primorosas. En la cumbre del mismo se descubre el arca suntuosa que contiene el tesoro del cuerpo del Santo. Nos dicen que se conserva muy bien. Permanecemos un ratito orando con fervor en tan gratísima compañía y antes de retirarnos de aquel sagrado recinto, contemplamos gozosos un inspiradísimo cuadro de Jesús con la Cruz a cuestas. Ante la vista de este piadoso lienzo mereció el Santo oír estas palabras del Señor: «Juan. ¿Qué premio quieres por lo que por mí has hecho y padecido?» El Santo respondió con estas sublimes palabras: «Padecer, Señor y ser menospreciado por Vos».

En la huerta del convento. Salimos del templo buscando los preciosos recuerdos del Santo que allí

abundan. Y entramos en aquellos dilatados campos que circundan el convento y que fueron testigos mudos de una de las vidas más austeras que ha conocido la humanidad. Hallábase Fray Juan de la Cruz hambriento de soledad y paz de espíritu y realmente no creemos haya lugares más deleitosos para una y otra.

Todo lo debió encontrar colmado en aquel rincón segoviano, lleno de cuevas y poblado todo él de mata baja, sin ruido mundanal alguno.

Tan solo el rápido correr de las aguas cristalinas del Eresma le traería rumores y estruendos de honda significación mística. En este apacible retiro—donde se conservan la gruta habitación del Santo, estrechísima toda ella, una ermita en la cual acostumbraba hacer su oración, una fuente donde tantas veces agradecido calmó su sed—se ocultaba cuantos ratos podía, casi siempre tras las piedras grajeras que tanto abundan y allí se entregaba a la meditación, ocupación favorita suya en todas partes. Todo se conserva casi como estaba en tiempos del Santo, las mismas subidas a las escarpadas pendientes, los mismos senderos que tantas veces pisaron sus benditos pies.

Termino. Antes quiero hacer aquí constar los deseos de aquellos amables carmelitas que con tanto celo guardan el precioso tesoro. Ansian que los paisanos de San Juan de la Cruz, como en el anterior Centenario, visiten, en piadosa peregrinación este lugar tan venerando. Por mi parte, en nombre de EL DIARIO DE AVILA—cuyas campañas sanjuanistas tanto elogiaron—agradezco sus múltiples atenciones, singularmente al ilustre hijo de Avila, defensor de la Descalcez, R. P. Gerardo del Niño Jesús.





